

Blanco White (suite)

In: Bulletin Hispanique. Tome 12, N°2, 1910. pp. 163-200.

Citer ce document / Cite this document :

Piñeyro Enrique. Blanco White (suite). In: Bulletin Hispanique. Tome 12, N°2, 1910. pp. 163-200.

http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007-4640_1910_num_12_2_1646

BLANCO WHITE

(Suite¹.)

V

Bien arriesgada, bien aleatoria era en verdad la empresa á que se lanzaba el excanónigo español, colgando para siempre los hábitos que había llevado durante veinte años, y refugiándose en Inglaterra, país que realmente ni aun era la tierra de sus abuelos, y del que sólo conocía de una manera incompleta ó imperfecta la lengua y las costumbres, por lo muy diferentes que son y siempre han sido entre sí la Irlanda y la Gran Bretaña.

Abandonaba la patria en uno de los más crueles momentos de la crisis más tremenda. El desconcierto, la lucha violenta de nobles ilusiones é intereses bastardos, que dentro de sus muros sumían á la ciudad de Cádiz en tan penosa confusión, contribuyeron poderosamente, aparte de sus fines personales, á precipitarlo en busca para él de otro desenlace, de otro porvenir menos encapotado. Tenía ya perdida hasta la última de las esperanzas que, obstinadamente, contra su propia razón, había acariciado. A su parecer ya, cualquiera que fuese, próximo ó distante, el resultado de la lucha heroica empeñada contra el invasor en nombre y en beneficio de Fernando VII, no se vería ciertamente libre esta vez España de la ignorancia profunda en que vivía la masa de su población, ni daría un paso más hacia la libertad religiosa ó la libertad civil, de que tan distante se encontraba.

Renunciar « el odioso oficio de engañar á las gentes », como

1. Voir *Bull. hisp.*, t. XII, p. 71.

él decía; no aparentar más aquello que ya no era y en que ya no creía; entrar otra vez en posesión de la libertad de su conciencia, valían en su situación, según sus cálculos, mucho más que cuantas desazones y miserias podían venirle, lejos ya de la atmósfera sofocante de donde salía. Confortábalo ahora también la esperanza de dulcísima ocupación: traer cerca de él, legitimar, dar su nombre, cuidar en fin de la familia que se había formado en Madrid durante aquel triste período en que, merced al Príncipe de la Paz, pudo vivir tranquilo, sin necesidad de ejercer ninguna de las funciones anexas á su canongía de Sevilla. Esa familia vino en último término á reducirse á un hijo adorado, Ferdinando White, á quien bastó, como al padre, la ascendencia irlandesa para ser tenido por ciudadano inglés y ser educado como tal; que al morir Blanco servía como oficial en el ejército inglés de la India, y cuyo cariño fué en suma el rayo único de luz brillante y pura que embelleció los tristísimos años últimos de su vida.

Tenía Blanco al desembarcar en Falmouth por todo capital una letra de cien libras esterlinas en el bolsillo. La impresión que en el primer momento le produjo Londres no contribuyó á calmar los temores y la melancolía que oprimían su corazón, pues no vió más que « lodo, humo, paredes ennegrecidas y tiniebla espesa » en todas direcciones.

Pero este desaliento no había de durarle mucho, abundaba en su espíritu la energía necesaria para combatirlo. Tampoco se encontró aislado desde un principio: Lord Holland lo acogió afectuosamente, otras personas importantes, del gobierno ó de la aristocracia, que como viajeros había conocido y acompañado en España, reanudaron gustosas relaciones con él, como Lord John Russell, muy joven todavía, que tantas veces en el curso de su larga vida debía formar parte del gobierno; como Richard Wellesley, hijo del Marqués del mismo nombre, sobrino por consiguiente del futuro Duque de Wellington. Otras personas también le brindaron hospitalidad, guiaron sus primeros pasos en la enorme metrópoli, y el caso fué que no se habían cumplido dos meses de su llegada

cuando apareció el primer número de *El Español*, periódico mensual, por él solo dirigido y redactado ¹.

Resultó ser una posición estable, que duró un poco más de cuatro años; que se avenía bien con su carácter, pues estaba solo, hacía lo que mejor le parecía, y aunque no muy bien remunerada, daba lo suficiente para sus necesidades. Mantúvome además, mientras duró la publicación, que fué mientras duró la guerra en España, en relación constante con los sucesos y los intereses de la patria, é indirectamente le aseguró la tranquilidad del resto de su vida, pues al periódico debió que el gabinete británico, reconociendo la energía, la amplitud de miras y la generosidad de ideas con que lo había dirigido y redactado, le asignara una pensión vitalicia de doscientas cincuenta libras esterlinas, suma, siempre pagada, que fué el elemento principal de las escasas comodidades de que pudo gozar en medio de las muchas contrariedades de su existencia. Verdad es que en cambio las polémicas, los disgustos, los insultos y calumnias, que desde Cádiz llovieron sobre él con motivo de sus artículos, lo hicieron terriblemente sufrir. Así, escribía él años después, en 1832: « No es posible exagerar los trabajos que por causa de *El Español* pasé durante cerca de cinco años. Por causa de él quedó mi salud arruinada, hasta un punto tal que desde entonces ha sido la vida para mí un penar incesante. »

El periódico fué muy leído en España y en Portugal, luego también en América. Como las comunicaciones por mar estuvieron en todo tiempo abiertas gracias á las escuadras inglesas, llegaba frecuentemente á los puertos y circulaba sin gran dificultad en el interior de la península. Sostuvo en él

1. Colecciones completas de *El Español* deben ser, según imagino, más raras aun que las del *Semanario Patriótico*, pues no hace mucho que no poseía ninguna el Museo Británico. No es así ahora, y he disfrutado allí de un ejemplar, muy bien conservado; en ocho volúmenes en 8vo. grande, al que nada le falta. La portada del tomo I dice: *El Español | por | Dn. J. Blanco White | Attrahere, atque moras tantis licet addere rebus. Vir. | Tomo I | Nueva edición | Londres | Impreso para el Autor | 1812. |*

Todos los números continuaron saliendo con el mismo epígrafe de Virgilio que sacó el primero: 3o de Abril de 1810. Pero el número penúltimo, de Marzo y Abril de 1814, lo sustituye con éste: « *Nunc sinite, et placitum læti componite fœdus. Virg.* » Y en el último melancólicamente se alude al acabamiento de la empresa con esta breve frase: *Omnis effusus labor*: Mayo y Junio de 1814 es la fecha de este número final.

Blanco mes tras mes la política más racional y oportuna en la fecha aquella, es decir, el establecimiento de un gobierno monárquico liberal, con dos cámaras y las libertades consiguientes, incluso sobre todo la de conciencia, tan importante á su juicio, aunque en verdad la que menos entusiasmaba á la nación. No bastaría esto sin embargo para justificar, ni aun explicar, la animadversión con que fué el periódico recibido y pronto hostilizado por la Junta de Cádiz, es decir, por la corporación en cuyas manos cayó el gobierno de la ciudad desde las primeras alteraciones del orden público producidas por la invasión francesa; componíase la Junta ahora en gran parte de negociantes, enriquecidos por el monopolio de que gozaban en el comercio con las Américas, y á quienes por este motivo, á pesar del gran beneficio que en esos momentos recibían de la alianza política con Inglaterra, todo lo inglés les era sospechoso, y aun odioso, pues suponían que al gabinete británico movía el deseo, si no de quitar á España su vasto y rico imperio colonial, por lo menos de introducir allí sus mercancías libremente, y privar así prácticamente de sus monopolios á la marina mercante y al comercio español, que en virtud de ellos únicamente subsistía y prosperaba. Esta es la natural explicación del estado de ánimo en que se hallaban aquellos comerciantes, la verdadera madre del cordero, si vale este dicho proverbial.

Pero el primer choque grave y descubierto de la Junta contra Blanco no fué todavía en ese terreno, sino en otro muy diferente. Un general español, el Duque de Alburquerque, « mozo valiente » como lo llama Toreno, célebre por haber tomado atrevidamente, sin órdenes para ello, la iniciativa de cubrir á Cádiz con su división la segunda vez que entraron los franceses en Andalucía y corrieron hacia el mar, con lo cual salvó, dice también Toreno, « ese precioso rincón y con él quizá la independencia de España », hallóse en pugna declarada con la Junta, quejándose de ella por el abandono escandaloso en que tenía al ejército desde que la Regencia la había encargado del manejo de la Hacienda pública. La Junta, que era dueña de la situación y omnipotente en realidad, respondió denostando

al general, y los Regentes creyeron mejor cortar la discusión enviando al Duque de embajador á Inglaterra y sacándolo de allí. Una vez en Londres juzgó Alburquerque necesario continuar su defensa y suplicó á Blanco que lo ayudase á redactar el manifiesto en que exponía su conducta y la de la Junta. Esta reconoció inmediatamente en el papel la pluma de Blanco, sabiendo demasiado lo ignorante que en esa otra clase de guerra era el que firmaba el manifiesto, y se desató en improperios contra los dos. Blanco, avezado á esos combates, tomó el asunto con calma y replicó sin exaltarse; pero Alburquerque, pundonoroso y excitable, duque, marqués y conde varias veces, además de señor de un sin número de lugares, al leerse calificado por esos mercaderes de la Junta, en carta oficial suscrita por todos sus miembros, de calumniador, de traidor y de enemigo de la patria, experimentó tal sacudida que perdió el juicio y murió á los dos días, víctima de una congestión cerebral, á la temprana edad de treinta y siete años, casi á la vista de Blanco mismo.

Grande emoción produjo en Londres la muerte súbita de tan joven y ya ilustre militar. El gobierno decretó un suntuoso entierro á que asistieron todos los ministros al frente de la aristocracia británica. John Hookham Frere, erudito hispanizante, que tradujo en verso pedazos del Poema del Cid así como varias comedias de Aristófanes; que fué quien en Malta transformó en poeta romántico al Duque de Rivas y lo excitó á componer su *Moro Expósito*, escribió en buenos hexámetros latinos, con ligero sabor arcaico, la inscripción grabada en la losa del sepulcro de Alburquerque, y Blanco la tradujo y publicó en *El Español*. La inserto aquí, porque no recuerdo haberla visto nunca, fuera de las páginas tan olvidadas hoy del periódico :

Impertérrito, activo, audaz, valiente,
Apoyo fuí de la española gente :
Nueva gloria á los timbres de mi cuna
Me concedió el Valor, y la Fortuna
Que, para mí sin ceño y sin mudanza,
Jamás frustró mi esfuerzo, ó mi esperanza.
La Patria iba á expirar, quando mi mano
La conservó en el suelo gaditano.
Este el término fué de mi carrera;

Si generosidad, si honor pudiera
 De algunos hombres amansar las iras
 No baxara tan pronto á dó me miras.
 Ausente aqui, lexano de mi España,
 Hallé fin á mi vida en tierra extraña;
 Mas no á mi gloria. Hasta el sepulcro umbrío
 Trasciende el nuevo honor del nombre mío;
 El nuevo honor que la nacion inglesa
 Tributa á mis cenizas en la huesa.
 De próceres y pueblo rodeado,
 De próceres y pueblo fuí llorado.
 Benigno Dios! Eternizad el lazo
 De esta amistad que consagró mi brazo!
 Mi brazo!... Oh! nunca en la gloriosa guerra
 Llore su falta mi adorada tierra :
 Llóreme, sí; mas no con desconsuelo :
 Názanle otros valientes en su suelo
 Que imitando el ejemplo de mi vida
 Disfruten gratitud no interrumpida.

Las últimas tres líneas, flojas y prosaicas en realidad, no son mucho mejores en el original latino, que dice así :

*Sint fortes alii ac felices, qui mea possint
 Factaque sequi semperque benignis civibus uti.*

La gran desavenencia entre Blanco y la Junta culminó, agriándose día por día, cuando llegaron pormenores de las sublevaciones populares que desde 1810 fueron brotando por todo el imperio americano español, y poco á poco se extendieron desde Méjico hasta Chile y Buenos Aires. Blanco de ningún modo creyó que estuviesen esas colonias en aquella fecha bastante maduras para ser y prosperar independientes; pero reconociendo la injusta desigualdad con que España las trataba en beneficio exclusivo de la metrópoli, fiel además á sí mismo, á su amor de la justicia, al ansia de libertad que lo había impulsado al abandonar posición social, amigos, religión, patria y familia, consideró acreedores á los americanos, bajo la enseña española, dentro de la monarquía de Fernando VII, á todas las franquicias económicas, sociales y políticas de que hasta entonces habían estado privadas. A más, á mucho más por consiguiente que el derecho aislado de diputar representantes á las Cortes reunidas en Cádiz.

Esta última concesión, acordada, no sin trabajo, en recompensa de las sumas respetables con que desde luego espontáneamente contribuían á los gastos de la guerra, era más en la apariencia que en sustancia: ¿de qué podían en realidad servir en pro de los intereses de América unos cuantos diputados, perdidos á tantos miles de millas de distancia en medio de la masa infinitamente más numerosa de delegados de las provincias de la metrópoli, secularmente habituados todos á considerar las colonias de América como fundos de la corona de Castilla, algo así como fincas rústicas explotables y explotables sin más freno que el interés ó la buena voluntad del propietario?

La política, pues, que en todos los números de *El Español* aconsejaba y predicaba Blanco, tendía siempre fuerte y declaradamente á buscar por medios pacíficos la reconciliación entre España y sus dependencias americanas. « En vano (escribía él), en vano se discute en las Cortes; mientras que allí se arguye, los españoles y americanos se degüellan. Si las Cortes quieren no profanar el nombre de Padres de la Patria que con tanto ardor dieron los pueblos á sus representantes, no dejen que se asesinen sus hijos, mientras ellos arguyen tranquilamente cual es el que tiene razón. Arrójense en medio de ellos » ...traten de un arreglo inmediato con armisticio garantizado por Inglaterra y no pongan más condición fundamental que ésta: las provincias españolas de uno y otro hemisferio tendrán siempre un mismo rey y un mismo congreso soberano¹.

En estas líneas se sintetiza la política de *El Español* en la grave y candente cuestión americana y se descubren los móviles de su oposición á la política insensata que las Cortes adoptaron. Era él, de sobra lo probó el resultado, quien tenía la razón, quien claramente vió que por el camino emprendido y con el sistema aplicado perdería España su imperio colonial, porque ni entonces ni luego ni nunca dispondría de recursos suficientes para recuperarlo por la fuerza.

1. *El Español*, número de Abril 30 de 1811 (tomo III, p. 70-72).

Más explícita y vigorosamente agrupó é hizo resaltar en dos párrafos de un artículo publicado en la importante revista trimestre *The Quarterly Review* que era, como lo es hoy todavía, uno de los órganos más importantes de la opinión de las clases ilustradas de Inglaterra, los sucesos tristes y capitales que fueron origen de la nefasta política, de la Regencia primero, y luego de las mismas Cortes :

« El primer paso de la Regencia, al tener noticia de lo ocurrido en Caracas, fué declarar rebelde la conducta de Venezuela y bloquear sus puertos : la declaración misma redactada además en los términos más violentos y ultrajosos. El resultado de ese cruel é insultante decreto fué aumentar el desprecio á un gobierno que, al par de verse obligado á mendigar la protección de un puñado de comerciantes en la Península, tronaba tales venganzas contra millones de seres, á quienes el Atlántico separaba de los que pretendían ser sus dueños. En realidad la Regencia era un mero instrumento de los comerciantes de Cádiz, y sus órdenes provenían de la alar-mada avaricia de estos individuos.

» Las Cortes pudieron hacer las colonias volver á sus primeros sentimientos. La veneración que esa voz antigua, casi sacrosanta, comunicaba á los representantes de la nación, el nuevo interés que les prestaban las circunstancias en que se hallaba el pueblo español, dueño otra vez de sus antiguos privilegios constitucionales, hacía á esa asamblea señora absoluta de la opinión en toda la extensión de las posesiones españolas. Mas estaba por desgracia reunida en el foco mismo de la hostilidad contra la América, y esto la ponía desde luego enfrente de enojoso dilema. Ansiando la popularidad tocábale escoger entre el aplauso del pueblo de Cádiz y otro aplauso que, aunque repetido por millones, llegaba, eco vago y tardío, desde el otro lado de los mares. Las Cortes se dejaron llevar de la natural debilidad humana, la satisfacción inmediata pesó más que el temor de males distantes, y el interés mercantil prevaleció¹. »

1. *The Quarterly Review*, June 1812. Vol. VII, London. Printed for John Murray, 1812. — Es el artículo que encabeza el número.

Tal era el fondo de sus ideas y tal la doctrina que predicaba inútilmente *El Español*. Iba en contra de intereses demasiado hondamente arraigados y de vanidades personales demasiado vivas, para no provocar odio inextinguible á la persona del escritor, el cual impávidamente continuaba en tanto su camino. La Regencia empezó por prohibir la entrada del periódico en las colonias, y la Junta ponía especial cuidado de que circulase en Cádiz misma lo menos posible. Aquella prohibición llegó á oídos de Blanco accidentalmente, por un número de la *Gaceta de México* de 15 de Noviembre de 1810, en el cual publicaba el Virrey un bando con la Real Orden recibida de la Regencia del Reino en que se decía que « Blanco, eterno adulator de Don Manuel Godoy, se había refugiado á Londres, donde pasa el tiempo publicando un periódico. Como en este impreso se habla muchas veces sin tino de los asuntos de la Península y maliciosamente se vierten especies subversivas de todo buen orden y de aquella unión que sola puede salvarnos, ha dispuesto S. M. se prohíba en esas provincias la libre circulación de ese periódico y me manda... »

Esto podía ordenarse sin más trámite en países despóticamente gobernados como las colonias; no así en Cádiz, donde regía desde Noviembre de 1810 el decreto de las Cortes estableciendo en asuntos políticos la libertad de imprenta, y fué preciso á las Cortes buscar ó hallar un pretexto plausible de atacar y de poner marchamo deshonoroso encima de Blanco y de su periódico. Pronto se encontró.

Recibió Blanco en Londres por conducto de la Embajada portuguesa una carta de Cádiz firmada por un Sr. Pérez, diputado en las Cortes por Puebla de los Angeles en Méjico, carta en que juiciosa y moderadamente se aplaudía la conducta de *El Español* y su política en la cuestión americana. Carta y firma eran una mentira de la primera á la última línea; pero Blanco, que no podía saberlo ni sospecharlo, se alegró de ese aplauso venido de donde menos podía esperarlo, y lo publicó con agradecido comentario. El diputado, cuyo nombre y firma se suplantaban, era el Presbítero D. Joaquín

Antonio Pérez, reaccionario declarado, muy enemigo de toda reforma, muy ocupado sobre todo en obtener la mitra episcopal de la región que representaba; apenas llegó el número á sus manos, sin nada más averiguar, indignado, furioso, tomó la palabra en las Cortes acusando á Blanco de falsificador y sosteniendo, sin dato alguno para ello, que era autor consciente de la falsificación.

Tras éste hablaron otros, todos en el mismo sentido, ninguno para sugerir que se aguardase siquiera hasta oír las explicaciones del acusado, á pesar de que en los escaños se sentaban varios amigos personales de Blanco que íntimamente lo conocían, como Antillón, que no chistó; como Gallego, que fué de los que más cruelmente le atacaron; y todos aplaudieron á Don Felipe Aner diciendo que « *El Español* era un enemigo de su patria peor que Napoleón », á Don Luis R. del Monte agregando entre otras la siguiente frase: « Este editor es un infame é indigno español, que desde el primer número se ha declarado enemigo descarado de su patria. »

Las Cortes por supuesto votaron en el acto la proposición presentada que pasaba el papel « á la Junta territorial de Censura para que obre según los méritos de dicho número y de los anteriores contra este periódico y el nombre del autor »¹. No era solo, pues, el periódico lo que se trataba de infamar y castigar, sino la persona del periodista, *su nombre*. ¡Extraña manera de aplicar la ley de libertad de imprenta, que ellos mismos habían votado como grande y segura garantía de la libertad individual!

El *Semanario Patriótico*, al dar cuenta de la sesión, habla de Blanco en estos términos: « Sus amigos lo desconocen, se avergüenzan de haberlo sido, se apresuran á manifestarlo en el Congreso... Nosotros aprovechamos esta ocasión de decir que el editor de *El Español* no se parece al editor que fué del *Semanario Patriótico*². » No hay que olvidar en honor de Quintana que no tomaba ya él parte alguna en la redacción ó en la dirección de este periódico.

1. Cortes, sesión del 24 de Mayo de 1811.

2. *Semanario Patriótico*, n.º 62. Jueves 13 de Junio de 1811. P. 274.

Recibió Blanco sin excesiva sorpresa los papeles de Cádiz con el extracto de la sesión y los comentarios agravantes, aunque ciertamente no esperaba tal aluvión de injurias del lado de las Cortes. Ya un año antes con motivo de unas líneas del *Observador*, periódico de Cádiz, había escrito á Lord Holland estas palabras : « No sé en verdad cómo un hombre honrado puede contestar á injurias tan enormes. Lo que en mí sobrenada es una especie de estupefacción al ver que en Cádiz, ciudad llena hoy de antiguos amigos míos, se me pueda calificar de monstruo, de corruptor de la moral pública, sin que haya habido uno que intentara siquiera defenderme; no me queda duda de que no conservo ya un solo amigo entre ellos ¹. »

Contentóse esta vez con rectificar los hechos, relatar sencillamente lo que pasó, insertar en el periódico un facsímile de la carta en cuestión, responder categóricamente á los oradores de las Cortes y aguardar que allí mismo rectificasen todo.

Vana esperanza. Nadie se encargó de tal rectificación; en las actas de la Asamblea quedó archivado para siempre el testimonio de la ligereza é iniquidad de aquellos legisladores; y el nombre de quien nunca faltó á la verdad, *this truthful man*, como lo llamó Gladstone², injustamente acusado y al parecer convicto como falsario.

Con sobrada verosimilitud dijo poco después que de esos malos ratos le sobrevino una afección nerviosa, que le hizo perder toda esperanza de recuperar nunca la salud y lo dejó convertido en inválido constante para el resto de sus días. No rindió las armas sin embargo; el periódico continuó apareciendo y circulando, con más ó menos dificultad, en España y en América, mientras pudo ser útil, esto es, hasta que acabó la guerra y quedó restaurado Fernando VII.

Fué *El Español* un periódico esencialmente político, aunque al principio tuviera su director la intención de hacerlo en gran parte crítico y literario, como lo fueron despues las *Variedades*; pero los importantes sucesos de la época que rápidamente se precipitaban en España y en Europa, y muy pronto

1. Carta de Octubre 26 de 1810. *The Life...*, t. III, p. 335.

2. *Gleanings of past years*, t. I, p. 51 (J. Murray, 1879).

las noticias de América, que en Inglaterra se recibían á menudo antes que en Cádiz y que Blanco siempre discutía y comentaba, le imprimieron pronto rumbo fijo en aquel sentido. No es decir que evitase tocar puntos literarios; hacíalo cuando el caso lo requería, como en el número de Enero de 1812, que contiene una bella y generosa defensa de Jovellanos al anunciar su fallecimiento; ó como el de Febrero de 1813 con una interesante noticia necrológica de Capmany, que concluye así: « Llevaba ciertos gustos y opiniones al exceso. Tal era á mi parecer su idolatría (que así puede llamarse) de la lengua española, su admiración de la elocuencia de los escritores castellanos del siglo xvi y su empeño en conservar la lengua en el mismo estado que tenía en aquel tiempo. Pero si esto, como creo, debe ponerse en la clase de preocupaciones, no puede negarse que es una preocupación laudable en su principio y en perfecta armonía con el carácter *castizo* de Capmany. »

Cesó, pues, *El Español* de aparecer cuando ya en España Fernando VII con tan enconada ingratitud había disuelto las Cortes, abolido la Constitución de 1812 y encarcelado, á reserva de mayor castigo después, á los jefes y más notables diputados del partido liberal. Despidióse Blanco de sus lectores en un artículo titulado « Conclusión de la Obra », cuyo párrafo final bien merece ser citado, por lo que tiene de personal y por el dardo que, al acabar, con mano segura lanza y deja vibrante donde quiso clavarlo :

« Dios no permita que emplee yo mi pluma en acumular odio sobre los caídos, ni que dé entrada en mi corazón á la vilísima exultación que pudiera sugerirme mi amor propio. Estoy íntimamente persuadido de que los principales autores del caso que lamento, han procedido con puras aunque no prudentes intenciones, y aunque su situación presente debe servir de lección á los reformadores, es demasiado amarga para la sola culpa de vanidad intratable en que ciertamente han incurrido los más de los liberales. »

VI

Muy grande fué ciertamente la suma de trabajo á que estuvo sujeto durante esos cuatro años largos, siempre solo : director, redactor, corrector de pruebas, secretario y lo demás que empresa de tal género demanda; todo lo cual sin embargo no fué su única ni aun quizás su principal ocupación. Apenas extendió un tanto su trato con personas cultas del país, quedó convencido de lo ignorante que era comparado con ellas, á pesar de haber siempre pasado él en su tierra como muy instruído, sólo porque sabía latín, teología y había cultivado un poco las bellas letras. « No tardé en convencerme de que para ser tenido en Inglaterra por literato era indispensable saber el griego. » Púsose incontinenti á estudiarlo, y al cabo de cuatro años, por el tiempo en que cesó de salir *El Español*, había leído y corrientemente descifraba « la Iliada y la Odisea, Herodoto y la antología de Dalzel, además de varias vidas de Plutarco ». Siguiendo un consejo de Addison, no había dejado pasar un solo día de esos años sin consagrar á su estudio un cuarto de hora por lo menos.

Durante el mismo período ahondó más y más en el estudio del idioma inglés y su literatura, llegando hasta el grado de serle menos fácil escribir en castellano, por haberse habituado á traducir antes mentalmente del inglés las ideas, que delante del papel siempre ya le venían en este último idioma.

Otro cambio más profundo fué al mismo tiempo lenta y seguramente operándose en su espíritu y llevándolo de la radical incredulidad religiosa, del ateísmo en que confesaba estar al salir de España, otra vez al cristianismo; no por de contado al gremio católico cuya entrada le estaba negada sin remisión.

Junto con el griego y el latín, pues no empezó el hebreo sino algunos años después, estudiaba la *Teología Natural* de William Paley, bajo cuya influencia « sentimientos de piedad hacia el gran autor de la naturaleza comenzaron á

derretir la escarcha artificial que miserias y desgracias impuestas en su santo nombre habían producido sobre un corazón no formado para ser ingrato »¹. Así volvió al deísmo. Luego, al pasar un domingo delante de una iglesia anglicana, entró en ella, « las oraciones, aunque enunciando cosas en que no creía, me parecieron solemnes y conmovedoras ». Fué volviendo á la superficie de este modo el fondo de místico y de creyente que en la juventud lo había arrastrado al sacerdocio católico, y que no podía haber desaparecido. Poco después lo sintió ya bullir, subir y enseñorearse de su espíritu otra vez, hasta que sin vacilar mucho, penetró una mañana de Octubre de 1812 en su parroquia á recibir el sacramento conforme al rito del culto anglicano, y á los dos años firmó la profesión de fe necesaria para ejercer el sacerdocio, « los Treinta y Nueve artículos, » como se dice; y partió en seguida á la ciudad de Oxford, asiento de la célebre Universidad, á completar su educación religiosa anglicana y perfeccionar sus estudios griegos. Allí su afabilidad, su inteligencia, su conocimiento cabal de la teología católica y su mismo aislamiento en el país, contribuyeron á hacerlo acoger, con muy simpático interés por Newman, Whately, Froude, Pusey; luego por Gladstone y muchos otros, doctores ó estudiantes, lumbreras actuales ó futuras, en un sentido ú otro, de la ciencia teológica en la Gran Bretaña.

A primera vista el menos prevenido en contra, el más imparcial, ha de juzgar enfadosa coincidencia la conformidad de este cambio, este avatar tercero de Blanco, con su interés directo y personal. Había abandonado irrevocablemente la ciudadanía española, era súbdito inglés ahora, y el nuevo cambio de estado en materia de religión lo hacía entrar en una comunidad muy rica, de grande influencia oficial y social, en la que podría obtener beneficios pingües y permanentes. No hizo, pues, otra cosa, dirán los malquerientes, que

1. *Practical and internal | evidence | against | catholicism | with | occasional strictures on Mr Butler's book of | the Roman Catholic Church : | in six letters | ... by the | Rev. Joseph Blanco White, M. A. B. D. | London. | John Murray | MDCCCXXV | p. 13.*

subordinar la religión á la seguridad de su porvenir y laborar hábilmente en pro de su fortuna.

Esta es la apariencia, pero la realidad es otra. Ciertamente que recibió, once años después y no sin alguna desagradable tentativa de oposición, por diploma, es decir, sin solicitarlo, y sin someterse á prueba alguna, el título académico de *Magister Artium*, honor que no muy fácil ni frecuentemente concedía la Universidad en esa forma á particulares, y también que llegó á ser profesor en uno de los Colegios adjuntos á la misma Universidad; pero igualmente es positivo que conservó siempre escrupulosamente su independencia, como lo probó, sin miedo, sin titubear, en la primera ocasión de reivindicarla que se presentó. Fué ésta cuando Roberto Peel, ministro en el gabinete presidido por el Duque de Wellington y *leader* del partido dominante en la Cámara baja, después de haber propuesto y sostenido, hasta lograrlo, la emancipación política de los católicos en Irlanda (quienes no podían hasta entonces penetrar como diputados en el Parlamento á causa del juramento imposible de aceptar que se les imponía antes de usar del derecho de entrar y sentarse en él), renunció el cargo de representante de Oxford en la Cámara y solicitó en el acto ser reelegido allí mismo, como aprobación de su conducta.

Habíase manifestado siempre en la Universidad de Oxford oposición decidida á esa reforma, y parecía bien improbable que se desdijese esta vez y aprobase el cambio de frente del partido provocado, impuesto casi, por el prestigio y obstinado vigor de Peel. Dibujóse desde luego en la ciudad invencible desaprobación de la reforma. Pero en el ánimo de Blanco, á despecho de su antigua y arraigada hostilidad al catolicismo, pudo más que el interés inmediato y los favores que á la Universidad debía, su amor sincero de la justicia; hallábase él entonces en Londres ocupado en los múltiples preliminares de la fundación de una revista inglesa, y desde Londres, sin vacilar, muy al principio de la campaña electoral, en carta pública, anunció que por su parte votaría allí en favor de la reelección de Roberto Peel.

Peel resultó vencido, cual era de preverse, y Blanco, que

abiertamente votó por él, llevando consigo á las urnas los papeles que acreditaban su derecho de votar, pues se había hablado de negárselo, se oyó tratar de advenedizo y en peligro real de perder cuanta simpatía y consideración tenía ganada entre sus colegas universitarios. Ocurrió esto en 1829, pero lo relato aquí anticipadamente para completar este lado de su carácter.

Mas si es evidente su firmeza, y en el caso descrito la persistencia de su liberalismo y su rectitud, pues mucho arriesgaba en favor de los católicos de Irlanda, quienes nunca le darían cosa alguna en compensación, no es posible pensar lo mismo de la constancia de su ánimo y su inteligencia en cuestiones de fe religiosa: no hay la menor duda de que ya en ese año 1829, y aun antes, su confianza en la verdad del protestantismo anglicano sufría recias sacudidas, iguales ahora en la madurez de su vida á las que en él pasó la fe católica durante la juventud.

De esta indecisión intelectual, de esta perenne movilidad él mismo se daba cuenta clara, que encuentro formulada por medio de este símil en su autobiografía: « Yo siempre estoy, siempre he estado dispuesto á proceder en busca de la Verdad, sin curarme de riesgos ó de pérdidas, lo mismo al través de honores que de afrentas. Pero la Verdad nunca ha venido á mí á manera de ancho torrente de luz, cual sobre otros parece haberse presentado y derramado. Ante los ojos de la mente mía ha brillado solamente como vívida, pequeña, centelleante estrella en medio de una tempestad; á veces circundada por un instante de hermosura que embargaba mi corazón; otras veces perdida entre nubes espesas que, con un poco menos de fe por mi parte, me hubieran hecho creer pura ilusión cuanto había pensado descubrir. A prueba tan larga y tan penosa he estado sometido, aunque resuelto siempre á marchar, en la claridad ó en las tinieblas, hacia la dirección en que ví la luz aparecer¹. »

1. ...*Truth has never manifested itself to me in such a broad stream of light, as seems to be poured upon some men... Truth has appeared to my mental eye like a vivid, yet small and twinkling star, in a storm, now appearing for a moment with a beauty which enraptures my heart, now lost in clouds...* (*The Life...*, I, p. 213.)

En 1832, cuando escribía estas líneas, estaba ya él á más de la mitad del camino que había de llevarlo al libre gremio de los unitarios, y al cual es seguro que no lo condujeron motivos de interés personal.

VII

Después de haber residido en Oxford cerca de un año esa primera vez, volvió á Londres á vivir en casa de Lord Holland, llamado por éste para confiarle la educación de su hijo : ocupación penosa para Blanco, á que su impaciencia natural difícilmente se avenía, y á la que renunció á los dos años, aprovechando como pretexto un viaje de varios meses por Bélgica que emprendía la familia toda. Peor de salud cada vez, sometióse entonces al régimen más severo, primero bajo las órdenes, como dice, de un charlatán desesperado, luego bajo las de un hábil facultativo ; « pero el resultado fué una extrema debilidad ; no me quedaron más que los huesos y el pellejo, y apenas podía dar un paso sin sentirme próximo á desfallecer. » Mas poco á poco fué restableciéndose, y en 1820 aceptó la invitación que el aplaudido poeta Thomas Campbell, director del *New Monthly Magazine*, le hizo de escribir para ese periódico las *Cartas de España de Don Leucadio Doblado*¹. De este libro, que colocó desde luego á su autor en buen lugar entre los que en Londres cultivaban las letras en esos días, ya he hablado antes. Comenzó entonces el más ocupado y fecundo período de su vida.

Un editor londinense, Rodolfo Ackermann, dueño de una imprenta y taller de grabados, que negociaba con la América española á la que surtía de sus libros y catecismos, recordando el éxito de *El Español* y en vista ahora de las dos ediciones pronto despachadas de las *Letters from Spain*, acudió á proponer á Blanco la dirección y redacción de una Revista trimestre, que proyectaba dar á luz, especialmente dedicada á hispano-

1. En ese periódico mensual, *Campbell's New Monthly Magazine*, por esa misma época, publicó Blanco otros varios trabajos sobre libros antiguos españoles, en especial sobre *El Conde Lucanor*, del cual tradujo muy bien al inglés el *Enxemplo XI* « de lo que acaesció á un dean de Santiago con don Illán, el grant maestro ». (N° 64 ; 1824.)

americanos. Vaciló él bastante antes de aceptar la proposición. « Desde que suspendí *El Español* (escribe en la autobiografía) apenas si de cuando en cuando tuve ocasión de poner una carta en castellano. Había totalmente descuidado durante varios años el pensar en mi idioma nativo. Me era penoso hacerlo, y cada vez que lo intentaba me sentía como en duda de mi propia identidad; á la manera del que despierta de una pesadilla, necesitaba persuadirme de que no me hallaba otra vez en esa tierra de mi amor y de mi aversión; de que no revivían afectos y relaciones que habían de romperse con renovada dificultad, pues forzado yo á huir de esas instituciones aborrecidas, dejaría en peligro á personas estrechamente ligadas conmigo. »

Ne le desagradaba por otra parte la idea de contribuir á la ilustración y progreso de esos americanos cuyos intereses políticos tanto en *El Español* lo habían ocupado, y además el sueldo fijo que el editor le ofrecía por los cuatro números anuales venía á superponerse muy bien á la pensión del gobierno y permitirle atender mejor á los gastos de la educación de su hijo. Aceptó la oferta; el primer número salió á fines de 1822 con fecha 1º de Enero de 1823, no debiendo el segundo aparecer hasta el mismo día y mes de 1824, subordinado á la acogida que obtuviese. Esta fué buena y continuó saliendo puntualmente. Forman hoy la colección dos tomos en octavo. Esta es la portada del primero : | *Variedades* | O | Mensajero de Londres : | Periódico trimestre | Por | El Revdo. Joseph Blanco White, | Tomo I | Londres : | Lo publica R. Ackermann, 101 Strand | 1824 | . Cada número tenía unas cien páginas más ó menos¹.

Este periódico no duró tanto como *El Español*, acaba en el número de Octubre-Diciembre de 1825. Hojeado hoy, despierta menos curiosidad que su predecesor; fáltale la vida, el palpitante interés de la frecuente polémica, del drama agitado de

1. « Uno de los periódicos más perfectos que se han publicado jamás en idioma castellano, es sin duda el *Mensajero de Londres*, escrito por aquel eminente literato que antes que Mr. De Pradt y ningún otro europeo defendió la causa de la América en el mundo antiguo, el ilustrado Blanco White. » José Joaquín de Mora, *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*, nº 90, Agosto 31 de 1827.

aquellos primeros quince años del siglo XIX, en que apenas pasaba mes sin traer consigo algún suceso de importancia histórica duradera. Es más literario sin duda, casi únicamente literario: un *Magazine* para lectores desparramados en un vasto continente, á cuyas manos no ha de llegar hasta semanas y meses después de impreso. Eran además para su dueño elemento principal del negocio los grabados, planchas, nuevas ó viejas, del fondo de su almacén: vistas, retratos, figurines coloreados de modas; pero estos últimos, declaró Blanco desde el principio á su editor, que no se encargaría de explicar ó comentar.

El interés del editor coartaba sin embargo un tanto su libertad y lo forzaba á prescindir de ciertas materias. « No está bien ni es decente (dijo después, ya en la hora de despedirse) empezar un libro con un artículo sobre Religión ó Política sabiendo que se ha de concluir con descripciones de fluecos, cintas y modas. Aun cuando escribiese con entera independencia de miramientos, la distancia á que me hallo del público á que he dirigido mis reflexiones, priva á la imaginación del estímulo que nace del trato y vista de las personas para quienes escribe. »

El número 1.º, quizás el mejor de todos, empieza con una noticia biográfica, acompañada de retrato, de Simón Bolívar, cosa de que se escandalizaba todavía en 1882 el autor de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*. La noticia después de todo vale bien poco, en la narración de los sucesos no pasa del año 1821; y no es además obra de Blanco, pues una nota al final dice que « se ha sacado de un manuscrito en inglés comunicado al Propietario del periódico ». El resto del número es muy interesante y llena perfectamente el objeto declarado de la publicación: « llamar la atención de sus lectores á los estudios y lectura que cultivan el entendimiento, y especialmente á la literatura, que es el medio más eficaz de refinar el gusto intelectual, y por éste el gusto moral de los pueblos. » Brillan como perlas finas en este mismo número tres trozos de Shakspeare, por el director traducidos en verso: el monólogo famoso de Hamlet: *To be or not to be*; una parte del diálogo,

también del *Hamlet*, entre Polonio y Reynaldo; y la respuesta de Norfolk en el *Ricardo II* al ser desterrado por el Rey.

La versión del soliloquio de Hamlet, apenas deslucida por dos ó tres ligeros lunares, es probablemente la mejor que existe en castellano; la de Tassara, por ejemplo, ni siquiera se le puede comparar. La de Rafael Pombo es excelente, como suya; pero menos ajustada al original, libre á la manera que Andrés Bello tradujo á Víctor Hugo. La de Blanco es quizás lo más literal posible, el señor Menéndez y Pelayo la inserta íntegra en su *Historia* citada, y también don L. A. de Cueto copia una gran parte en su *Bosquejo crítico*; el primero la encomia por su « áspera energía », el segundo por « su briosa naturalidad », y ambos tienen razón.

A la traducción del diálogo entre Polonio y Reynaldo precede una breve nota en que, á modo de pequeña medalla, graba Blanco muy bien la figura del padre de Ofelia cual la concibió el gran trágico inglés: « prototipo de la adulación, vanidad y afectación política de un cortesano viejo; un completo bulle-bulle, un corre-ve-dile¹ de palacio, entonado, profundo y pomposo con sus dependientes. »

La elección por Blanco del tercer trozo es característica. Diríase que influyó en él algo de personal, y en uno de los capítulos de la autobiografía lo cita otra vez, íntegro, en el texto original. Son las sentidas palabras que dirige el Duque de Norfolk al Rey Ricardo que lo destierra, y expresan vivamente « el desconsuelo de tener que resignarse á abandonar el idioma nativo y aprender otro extranjero »: Son las siguientes:

Severa por demás es mi sentencia
Y tal, Señor, cual no la esperaría
De vuestra boca. Si algo he merecido
De parte de mi Rey, no es la amargura
De ser así arrojado al ancho mundo.
El idioma patrio que he aprendido
Más de cuarenta años, me es inútil
De hoy en adelante. ¿Qué es mi lengua
Ya para mí sino harpa destemplada,
O instrumento sonoro puesto en manos
No acostumbradas á pulsar sus cuerdas?

1. Sigo, como en otras ocasiones, la ortografía del original.

Con doble cerco habéisla aprisionado
En mi boca, Señor, y la pesada,
La estúpida, la estéril ignorancia
Le dáis por carcelera. Pasó el tiempo
De imitar balbuciendo á la nodriza...
Si del nativo aliento, de esta suerte,
Me priváis, ó mi rey, dáisme la muerte.

El periódico, ya lo he dicho, vivía de las suscripciones de América; mas no por eso adula ni engaña á sus lectores americanos. Muy al contrario hallamos hoy en él que á propósito de la nueva constitución chilena de 1823 dijo lo siguiente : « Que los hispano-americanos tienen aun mucho que sufrir, es bien claro; no porque la España tenga fuerzas para impedir sus progresos, sino porque se hallan en el caso de niños mal criados que alcanzan su libertad antes de conocer el mundo... » y desaprueba enérgicamente así la intolerancia religiosa en que estaba empapada esa nueva Constitución chilena¹.

Pero en semejante clase de periódico no estaba él realmente en su elemento; no se amoldaba á la tarea de escribir prosa española sin verdadero interés en lo que hacía, sin la excitación de la lucha, sin poner toda su alma en lo que escribía; nada más que por el sueldo relativamente crecido de trescientas libras esterlinas que por cada cuatro números le daban. Cansado al fin, abandonó la empresa. Con gran sentimiento de parte del editor, pues el negocio no era malo, y creó Ackermann inmediatamente otros dos periódicos en sustitución de las *Variedades*. Al frente de ellos puso, con recomendación del predecesor, á otro emigrado español, hijo de Cádiz, José Joaquín de Mora, buen poeta, notable publicista, autor de las *Leyendas españolas*; que pasó luego varios años de una vida bastante agitada como profesor y como político en Buenos Aires, Chile, Perú y Bolivia; que volvió á Londres de Cónsul general de la Confederación Perú-Boliviana; y que, derruida ésta, retornó á su patria en 1843 y murió en Madrid muy cerca de cumplir ochenta y dos años de edad, honrado desde 1848 con el título de individuo

1. Número VI, p. 2 (tomo II).

de número de la Real Academia Española. Sus compatriotas no se mostraron, pues, tan severos con él como lo fueron con Blanco hasta el último momento¹.

No quiso Blanco separarse de los lectores de las *Variedades* sin darles antes la más franca explicación sobre su vida en España y los motivos que le hicieron cambiar de patria y de religión, pues no había antes aludido á esa cuestión, de suyo delicada para la gran mayoría católica de la América española. Titúlase el artículo « Despedida del autor de las *Variedades* á los hispano-americanos », y es como un primer esbozo de autobiografía, un compendio de lo que después escribió en inglés para el doctor Whately en que más circunstanciadamente refiere su vida íntima y sus actos públicos. En esta *Despedida* el interés es más vivo, más sostenido, por la concentrada energía, la cabal franqueza con que cuenta esa larga y dolorosa crisis de su carrera, sin miedo ahora de chocar contra nada ó contra nadie. Me parece también de lo mejor que escribió en prosa castellana, por su vigor, su elegancia y su transparente sinceridad. A esta confesion general, pues así puede llamarse, he aludido ya varias veces. Véase esta última muestra :

« A decir verdad no es tanto el trabajo como las circunstancias del (periódico) que he tenido á mi cargo, lo que me mueve á abandonarlo. El escribir ó hablar en mi lengua nativa siempre me es doloroso. El eco de la hermosa y desgraciada lengua española trae consigo á mi oído, como si fuese el rumor lejano de una mazmorra en que hubiese sufrido encarcelamiento, grillos, heridas é insultos, y donde hubiese dejado los amigos más queridos sufriendo los mismos males sin remedio ni esperanza.

» Tal vez soy víctima de una sensibilidad extremada sobre ciertas materias enlazadas con la libertad moral del hombre, pero supuesto que ni los años ni la mudanza de vida hacen

1. Mora, como Blanco White, á pesar de ser español-europeo, apoyó con la mayor decisión la independencia de las jóvenes repúblicas que se habían alzado en el continente... (M. L. Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora*, Santiago de Chile, 1888, p. 40.)

mella en mis sentimientos; ¿qué me queda sino mimarlos, é impedir que me destrozén? »

Volvió, pues, á ocupación más en consonancia con su talento y su carácter, á la controversia religiosa, á la propaganda protestante, y publicó en un mismo año (1825) dos de sus libros en ese género más importantes. El primero se intitula : *Evidencia práctica é interna contra el catolicismo, acompañada de algunas críticas á propósito del Libro de la Iglesia Católica Romana de Mr. Butler*¹. El segundo : *Preservativo del Pobre contra el Papismo*².

Terciaba Blanco por medio del primero de estos dos escritos en reñida polémica que sostenía Roberto Southey, el poeta laureado de Inglaterra, biógrafo de Nelson é historiador de la guerra con Napoleon en España, contra Charles Butler, campeón católico, « escritor, dice Leslie Stephen, delicioso, aunque superficial y apasionado ». Southey agradeció y estimó en mucho el auxilio que acudió Blanco á prestarle. Coleridge y Southey eran en esa fecha los únicos dos ilustres poetas ingleses que vivían en Londres ó cerca de Londres (pues Keats, Shelley y Byron ya entonces habían fallecido y Wordsworth apenas se movía de su región de los Lagos) y tenían ambos por Blanco particular, muy viva estimación, como lo prueban las cartas que de ellos se encuentran en la *Vida* editada por J. H. Thom. El segundo escrito, el *Preservativo*, traducido luego al español, probablemente, según Menéndez y Pelayo, por Usoz y Río, pues no tiene nombre de traductor, sirvió mucho en lo adelante á las sociedades bíblicas inglesas para su propaganda en países españoles.

Cuando volvió á Oxford en 1826 llevaba muy acrecentado su prestigio literario y fué recibido por catedráticos y alumnos con los brazos abiertos, contado pronto entre los llamados *Noéticos* del colegio Oriel, nombre que viene á ser, conforme á la raíz griega de la palabra, algo así como lo que hoy llaman *Intelectuales*. Los dos primeros años de esa su segunda resi-

1. Véase el título original exacto en nota anterior.

2. *The Poor Man's Preservative against Popery*, 1 vol. in-12°, 1825. Última edición, 1834.

dencia allí fueron de los más tranquilos y gratamente ocupados; continuó asiduamente el estudio del hebreo, predicó, dió conferencias, una muy apreciada sobre la « Teoría de los sonidos musicales », y se hizo á menudo apreciar ejecutando trios clásicos en la viola, con Newman, que tocaba el violín, y Reinagle el tercer instrumento. Los oyentes notaban con curiosidad el contraste entre Blanco agitado, saludando muy agradecido á los que aplaudían, y Newman inmóvil en tanto como una Esfinje¹.

La campaña electoral de Roberto Peel en 1829, de que ya he hablado, nubló el horizonte, y comenzó entonces á minar el corazón de Blanco el deseo de no quedarse allí indefinidamente. Era él en extremo susceptible y su posición en el Colegio de que era profesor, miembro, pero honorario, no *fellow*, no asociado propietario, le desagradaba, pues tenían sobre él derecho de precedencia otros más jóvenes, y los subordinados no le guardaban la consideración á que se juzgaba acreedor. « El forastero en Inglaterra nunca es popular, » escribía en 1835². Al mismo tiempo empeoró el estado de su salud, pasó cinco meses encerrado en el aposento sin poder moverse, y todo reunido le hizo aprovechar la favorable coyuntura que se le presentó cuando Whately, nombrado Arzobispo de Dublín, quiso llevarlo consigo á vivir á su lado en su palacio; él aceptó ofreciendo dedicarse al mismo tiempo á la educación del hijo de corta edad del prelado, compensación que el excelente amigo ni sugirió ni esperaba. Ocurrió esto en 1832.

En Dublín demasiado sabía Blanco que, fuera del palacio arzobispal y las oficinas del gobierno, no se hallaba en suelo amigo, pues no habían de mirar en el país con buenos ojos á un excatólico español, descendiente de irlandeses, afiliado en la secta que con tan evidente injusticia trataba á la Iglesia romana en Irlanda. Confiesa él mismo³ la pena que esto le

1. *Pre-Tractarian Oxford. A Reminiscence of the Oriel « Noetics »*, by the Rev. W. Tuckwell. London, 1909.

2. *The Life...*, vol. II, p. 120.

3. *Ibid.*, vol. I, p. 484.

causaba; sin embargo no fué ella bastante para amenguar su inextinguible afán por la polémica religiosa, pues allí escribió y publicó al año siguiente de su llegada un libro, que es acaso el mejor de cuantos produjo sobre esas cuestiones controvertibles, en respuesta á otro que acababa de dar á luz Thomas Moore, el popular poeta de las *Melodías Irlandesas*. Titulábase éste último libro : « *Viajes de un caballero irlandés en busca de una religion,* » y no lo firmaba Moore con su nombre sino como « *Editor de las Memorias del Capitán Rock* ». Blanco titula el suyo : « *Segundo Viaje* » (*Second Travels*, dice el original inglés)... « *No por el Editor de las Memorias del Capitán Rock.* » (Dos tomos, Dublin, 1833.) Moore dedica el libro : « Al pueblo de Irlanda, en defensa de su antigua Fe Nacional, » y Blanco el suyo así : « Al pueblo de Irlanda, cuyas virtudes, adelantamiento y felicidad deben venir, no de la Antigüedad ó Nacionalidad, sino de la Verdad de la religión que su gran mayoría profesa... » Moore mostró poseer grandes é inesperados conocimientos en patristica y teología; pero en esto naturalmente Blanco le aventajó, así como en el hábito de manejar esa especie de polémica, que sabía dirigir más derechamente al punto débil de la coraza del adversario. Pero en uno y otro caso me figuro que no se lograba persuadir más que al lector de antemano á ello preparado. Halló Moore seguramente número mayor de lectores, por la resonancia de su nombre, no sólo en Irlanda, donde se le idolatraba, sino en Gran Bretaña, que lo tenía aun por poeta de orden superior y ponía en las nubes su *Lalla Rook* y sus *Amores de los Angeles*, poemas azucarados, artificiales, ya hoy casi enteramente olvidados, como está muy desteñida la gloria que en vida acompañó á su autor. Blanco sigue paso á paso el argumento tal como su adversario lo presenta, con el mismo protagonista, para arribar por de contado á desenlace diametralmente opuesto; é inserta en medio de su desenvolvimiento teológico una novelita amorosa que tiene algún interés.

Pero estos escritos de combate, y otros dos ó tres que publicó después, están ya demasiado marchitos, muertos casi enteramente. Carecerían de todo atractivo, nada habría para

compensar el esfuerzo que su lectura á veces exige, si no les comunicara sumo interés la memoria del hombre que los escribió, si no viéramos al mismo tiempo en esas páginas, como en sus Memorias, sus cartas, las notas del diario de su vida, la imagen de un hombre interesante en extremo, original, sincero, enfermo casi siempre, profundamente desgraciado, que recorrió triste y solo una senda de abrojos y peñascos, hasta sucumbir martirizado por larga y lenta agonía; ansioso hasta el último momento de alcanzar la verdad, que cada vez parecía huir más lejos delante de sus ojos, fatigados de buscarla incesantemente, todos los días, todas las horas, con anhelo que nunca desmayó.

VIII

Faltábale ahora un triste momento que pasar, una última crisis, no la menos penosa de su contrastada existencia : arrancarse el corazón á pedazos y sacrificar en aras de la verdad religiosa, que creía por fin poseer, la amistad del hombre generoso á cuyo lado hubiera podido pasar tranquilo y respetado el corto espacio de tiempo que sus males exacerbados únicamente le concederían.

Resuelto ahora á abandonar el protestantismo y el ministerio que ejercía, era su deber revelar inmediata y francamente al hombre á quien por tantos años lo había ligado fraternal amistad, que su fe había desaparecido, que al cabo de sus meditaciones su ortodoxia se había estrellado como ante un muro de bronce cayendo hecho añicos en su conciencia el misterio de la Trinidad y los Treinta y nueve artículos en que se resumía la reforma de Enrique VIII y Elizabeth. Lo confesó, lo declaró así por tanto al Arzobispo en larga y afectuosa carta el 2 de Enero de 1835, resignado á pesar de su decaída salud y de los sesenta años que iba á cumplir, á dejar el albergue hospitalario en que tan apaciblemente había residido cerca de tres años; pues era claro que una vez publicado el cambio producido en él, parecería á muchos una profanación la pre-

sencia de un hereje en la mansión de Whately, del prelado que se hallaba al frente de la religión oficial inglesa en Irlanda. Pero además, en su situación particular lo que más vivamente había de dolerle, y en efecto le dolía, era alejarse de la sociedad incomparablemente grata de la esposa y las hijas de Whately, que con inexhausta bondad cuidaban al pobre y solitario enfermo. El Arzobispo y su familia se empeñaron de mil maneras en disuadirlo de la idea de la partida, en conservarlo siempre con ellos; pero la honradez de su espíritu pudo más que su interés y que sus afectos. «Dios sabe con qué dolor me arranco del lado de mis amigos, Dios sabe cuán vehementemente deseaba pasar con ellos mis últimos días! Pero el demonio de la Ortodoxia necesita víctimas, y estoy pronto al sacrificio¹.» Sus males hicieron aplazar un poco la partida, pero el 9 del mismo mes, á los seis días de entregada al Arzobispo la dolorosa confesión que de allí lo arrancaba, se hallaba en Liverpool, alojado en casa de un amigo, el vizcaíno Clemente de Zulueta, mientras disponía su instalación definitiva en ciudad tan intensamente mercantil, en la que sin embargo se cultivaba y prosperaba entonces como en ninguna otra de Europa esa humanización de la teología y la ética sobre la base de la autonomía de la razón individual, origen de numerosas agrupaciones, que con nombres diferentes se reúnen todas bajo la enseña del unitarismo, en el cual también él acudía ahora á incorporarse.

Quince días después de su llegada concurrió por primera vez á la capilla unitaria; en la misma el domingo siguiente oyó con gran satisfacción al joven y elocuente James Martineau, hermano de Enriqueta Martineau, de la eminente publicista, que luego, con el aplauso de Augusto Comte mismo, condensó, tradujo é hizo más abordables los seis grandes galeones, quiero decir, los seis gruesos volúmenes de *La Filosofía Positiva*. Pronto entró Blanco también en frecuente correspondencia epistolar con el gran apóstol unitario angloamericano W. E. Channing, robusteciéndose así más y más cada día las bases de sus nuevas opiniones y sintiendo por fin

1. Carta al Rev. George Armstrong. *The Life...*, t. II, p. 72.

aplacado su antiguo y congojoso afanar. Al mismo tiempo en Oriel, en el antiguo colegio de Oxford, á que había pertenecido, lo borraban con vituperio de la lista de los miembros, « única manera » (á esto se redujo su réplica), « única forma en que podían mis antiguos colegas darse el gusto de un Auto de Fe »¹. Su « excelente amigo Newman » le escribió también una carta tristísima « que no es de la primera á la última línea más que un gemido y un suspiro », á la que contestó con el antiguo afecto, concluyendo así su carta en respuesta : « Confío en la misericordia divina que, á despecho de las angustias que los errores existentes producen entre quienes podrían de otro modo vivir juntos en la Unidad del espíritu de Cristo; nos reuniremos fuera del alcance de la duda y las disensiones en un mundo mejor. »

En tanto su amigo el Arzobispo de Dublín no lo abandonaba, invitábalo repetidamente á volver, siquiera por breve visita, á la morada donde nadie se olvidaba de él. Su esposa y sus hijas le escribían con frecuencia, y anualmente Mrs. Whately misma, por indicación de su marido, giraba á los banqueros de Blanco la suma de cien libras; aguiñaldo que rehusó él una vez solamente, el año en que el Gobierno de Lord Melbourne á excitación de Lord Holland le regaló trescientas libras tomadas del fondo regio reservado á esas liberalidades, *The Queen's Royal Bounty*. Aunque era Blanco muy sobrio y de gustos moderados, tenía la pasión de comprar libros, y le sobraban las tentaciones, pues estaba siempre atento á cuanto de notable aparecía en Inglaterra, en Francia, y especialmente en Alemania cuya lengua aprendió en la segunda mitad de su vida lo mismo que el griego y el hebreo, y cuyo movimiento filosófico seguía con cuidado. Whately, que le conocía esa afición á comprar libros nuevos y viejos, se complacía en ayudar á satisfacerla.

En Julio de 1835 publicó su último libro, las *Observaciones sobre la Heregía y la Ortodoxia*, en que, por decirlo así, resuella el heterodoxo por la herida². « Mi ardiente deseo (escribe á su

1. *The Life...* t. II, p. 117.

2. *Observations on Heresy and Orthodoxy*, in-8°, 1835, 2d. edit., 1839.

amigo el Presbiteriano inglés Rev. G. Armstrong) es que fuese dable con esta obrita inducir los Cristianos á examinar imparcialmente estas graves cuestiones, de las que depende la paz y el progreso del mundo cristiano. » En la misma carta da cuenta de su situación personal en esa fecha, de esta manera : « A pesar de mi perenne debilidad y de todos los males consiguientes á un sistema nervioso desvencijado, tengo más comodidades ahora y vivo aquí mejor que antes en ninguna otra parte. Ocupo una casa yo solo, cosa muy importante en mi situación. Me hallo *at home*, tranquilo. Unos cuantos amigos, muy pocos, vienen á verme, y hago yo solamente las visitas indispensables de pura cortesía. Me tengo por muy feliz al lado del Rev. John H. Thom¹, mi vecino, ministro unitario en este lugar ; está al frente de una capilla, á que asisto alternadamente con la de Mr. Martineau, y en ambas experimento satisfacciones totalmente nuevas para mí². »

Escribió en 1835 y 1836 para *The London and Westminster Review*³ algunos artículos, y ya he dicho algo del que versa sobre las Memorias de Godoy. Es de él, en el número de Abril-Julio 1835, uno titulado « Poesía española reciente » que no trata más que de las obras de Martínez de la Rosa, teniendo á la vista únicamente la edición de Paris publicada en 1827 por Didot. No conoció por tanto ni los últimos dramas en prosa, ni otras mejores composiciones líricas del autor, como la Epístola al Duque de Frías. Pero creo que no hay nada que argüir contra este juicio : « Sus versos son flúidos, armoniosos, tersos, aunque sin grandes méritos. Prodúceme el efecto de ser el autor en su poesía como una de esas personas que se encuentran en sociedad, nerviosas, llenas de aspiraciones, con deseos de agradar y llamar siempre la atención, pero siempre con miedo también de hacer ó decir algo no estrictamente correcto. Sus composiciones tienen la regularidad precisa de la timidez,

1. Su futuro biógrafo y luego editor de sus papeles póstumos.

2. *The Life...*, t. II, p. 138.

3. *The London Review* se llamaba la revista de que fué Blanco editor en 1829 ayudado por sus amigos de Oxford, que no tuvo acogida en el público y cesó á los dos números. El nombre reapareció luego unido al de *Westminster Review* que dirigió J. S. Mill. 1829 fué el año fatal para Blanco de la lucha electoral en Oxford y del fracaso de Roberto Peel.

con más gusto y sentimiento que vigor.» Respecto de las tragedias se muestra el crítico bastante indulgente, á pesar de que no disimula sus preferencias románticas, cual era de esperarse desde luego en un inglés, amigo personal y admirador de Southey y de Coleridge. Mas sostiene que de las unidades clásicas solamente la de acción exige indispensablemente ser respetada, porque viene en suma á reducirse « á la de unidad de interés ó de efecto á que toda imitación ideal debe tender ».

Lástima fué que estuviera Blanco en 1835 tan desprendido, tan ignorante de lo que en su primera patria sucedía, hasta el punto de no tener noticia alguna de la transformación del arte literario que allí se verificaba, lo cual cuando él murió en 1841 era ya un hecho, pues Larra, su gran heraldo, había fallecido en 1837, y disponían ya del favor público los famosos corifeos, el Duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla y tantos otros. Si así no hubiera sido, quizás él mismo espontáneamente habría reformado y rectificado el juicio violento, á raja tabla, que del presente y porvenir de la poesía lírica española había emitido años antes bajo el disfraz de *Don Leucadio Doblado*: « Hay en el idioma español (dijo entonces) una falta de flexibilidad, producida por la gran longitud de los más de sus vocablos, la poca variedad de sus terminaciones y el bulto de sus adverbios, todo lo cual ha de ser siempre un embarazo para la versificación. La música de nuestra mejor poesía es grande y majestuosa en verdad, pero es preciso una habilidad nada común para modificarla y dominarla, de manera de agradar al oído y dejar satisfecha la inteligencia¹. » No todo es exagerado ni todo inexacto en esta absoluta; pero bastaría ponerle enfrente el *Diablo Mundo* de Espronceda con su brillante introducción y su admirable Canto á Teresa, ó una de las buenas leyendas de Zorrilla, para verla perder su engañosa apariencia hasta desvanecerse.

Encerrado en su casa, pasó los últimos cinco años en la mayor tristeza, sin poder á veces escribir ni una carta, ó añadir una línea al diario en que iba consignando lo que leía, lo que veía, lo que sufría, mientras aumentaban mes tras mes los

1. *Letters from Spain* (1825), p. 338-339.

síntomas dolorosos de su cruel enfermedad. Vino por entonces de la India su hijo á quedarse por corto tiempo, y tuvo al menos ese consuelo, hasta el 15 de Junio de 1839 en que se lee este renglón en su libro de memoria: « Dije mi último adiós á Ferdinando y sentí como si se me rompiera el corazón. » Volvía el hijo á la India ya con su grado de capitán, y en efecto no se vieron más.

Persistió casi hasta el fin su afición á la música, y unas veces con el piano, otras con el violín ó la flauta, trataba de acallar sus dolores. Son curiosas por lo mismo estas líneas que traduzco de una carta al Dr. Channing (Julio 21 de 1840): « No soy músico, carezco de un buen oído, y sin embargo siento en la música un poder que no encuentro palabras para describir. Hace la música vibrar ciertas cuerdas del alma, penetra en profundidades á que ninguna otra influencia alcanza, extiende los límites de la conciencia, me deja en fin la impresión de algo misterioso, inexplicable que á nada se parece. »

En esos apuntes, escritos al correr del lápiz ó de la pluma, notando lo que lee y lo que al leer le ocurría, hay á menudo reflexiones agudas, profundas, dignas de recordarse que encontrarán en abundancia los que las quieran ir á buscar, aparte del gran valor especial de cuanto dice sobre cuestiones teológicas y de cuanto se refiere á la evolución del pensamiento religioso en Europa y en América. Su interés en los libros y la vieja literatura castellana, nunca del todo extinguido, revivió en su ánimo llevándolo otra vez á ocupar á menudo su atención en obras españolas : en el *Quijote*, el *Conde Lucanor*, las *Crónicas*, el *Gil Blas* y sobre todo la *Celestina*, á la cual ya antes, en las *Variedades*, había dedicado un estudio, afirmando y demostrando, como no se había hecho aun en su patria, quien era el verdadero autor de toda ella y la importancia excepcional de la obra.

Si en los últimos meses de la publicación de *El Español* se lamentaba, como hemos visto, de serle ya entonces menos fácil escribir en su lengua nativa que en inglés, es lo cierto que no la había olvidado, pues ahora en 1840, al fin de su vida, espontáneamente, por impulso interno poderoso, consagró

algunos de los ratos que sus males lo permitían, á componer en castellano una pequeña novela, *A Spanish tale*, como dice, un cuento titulado *Luisa de Bustamante, ó la Huérfana española en Inglaterra*. El caso sin duda no es extraño, común más bien; y así lo reconoce en el prólogo que para la obrita dejó él preparado: « Es ley de la condición humana que á medida que envejecemos se rejuvenezcan las impresiones de la niñez y de los verdes años... Me empecé á convencer algunos años ha de que había entrado en los términos de la vejez, con el perpetuo revivir que noté en mí de imágenes y memorias españolas. » Emprendía, pues, « con muy poca confianza, enfermo y casi moribundo, la composición » de la novelita, porque « el deseo de hablar por última vez á los españoles le rebosaba en el pecho ».

La heroína, la huérfana española, dotada de una voz tan hermosa como la de María Malibrán, la célebre cantatriz, estaba además dotada de tal pureza de sentimientos que se resistía á emplear su voz y su talento en escenas ó cantos amorosos. Así lo dice en esta graciosa seguidilla :

Me dicen que los ecos
De mis canciones
Pondrán luego á mis plantas
Mil corazones.
No quiera el cielo
Tengan en mí sus dones
Tan vil empleo.

No existen de esta novelita más que los primeros capítulos, aunque Blanco, previendo que le faltase tiempo para acabarla, comunicó el plan á su amigo Zulueta con objeto de que la concluyera despues de su muerte; pero quedó incompleta y los capítulos se publicaron mucho después, tales como el los dejó, en una Revista ¹. Salieron igualmente á luz en ese periódico por la misma época los versos líricos españoles de Blanco,

1. *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*. Sevilla, 1855-1860. La copia manuscrita, que únicamente he visto de esos capítulos, tomada de dicha Revista, no ponía la fecha de la publicación, y la copio tal como está en Lasso de la Vega, *Escuela Poética Sevillana*. Madrid, 1876, ps. 136 y 148. De la novela y del encargo á Zulueta trata Blanco mismo en la *Vida*, III, ps. 108 y 222.

compuestos también en sus últimos años, en los que con patético acento vuelven á su memoria los recuerdos de la patria y la familia; composiciones por esta razón muy superiores á las que, demasiado friamente vestidas con los artificios del siglo XVIII, dió á luz en Sevilla y Madrid durante la primera mitad de su vida. De la mejor de ellas, concebida durante « una tempestad nocturna en alta mar » (este es su título) en uno de los viajes que hizo de Liverpool á Dublín para visitar al Arzobispo, son los versos siguientes :

¿Por qué no busco asilo
 En el estrecho y congojoso seno
 Del cerrado navío?...
 No, rompa aquí, si quiere, el débil hilo
 De mi vida la suerte :
 No me arredra la muerte,
 Mas si viniere, oh Dios! en tí confío.
 ¿Por qué temer? ¿No estás en la tormenta
 Lo mismo que en la calma más tranquila?
 La nube que destila
 Aljófara en presencia de la aurora,
 ¿No es tuya, como aquesta que amedrenta
 Con su espesor mi nave voladora?
 ¿Y qué es morir? Volver al quieto seno
 De la madre común de ti amparado,
 O bien me abisme en el profundo cieno
 De este mar alterado,
 O yazga bajo el césped y sus flores
 Donde en la primavera
 Cantan las avecillas sus amores...
 ¡Oh traidores recuerdos que desecho
 De paz, de amor, de maternal ternura,
 No interrumpáis la cura
 Que el infortunio comenzó en mi pecho!
 ¡Imagen de la amada madre mía,
 Retírate de aquí, no me derritas
 El corazón, que he menester de acero
 En el amargo día
 De angustia y pena, que azorado espero!

No se descubre precisamente en la forma, en la versificación de estas composiciones huella profunda de la revolución romántica, que en la literatura inglesa había ya ejercido tan poderosa influencia y que en España imperaba tan absolutamente. El Blanco White de estos últimos versos es el mismo

José María Blanco de las justas de principios del siglo en la Academia sevillana : son importantes en la historia de su vida como exacto poético reflejo del estado tristísimo de su alma, al fin de una existencia en que le tocó medida más que ordinaria de los desengaños y las inevitables amarguras.

Sus versos en inglés son mucho menos numerosos, pero una composición, el soneto titulado *la Noche y la Muerte*, que escribió en 1828 y retocó en 1838, es lo más conocido, lo único de veras famoso de cuanto hizo en prosa ó verso, en inglés ó en castellano. Cuando apareció la primera vez, autoridad tan elevada como la de Samuel Taylor Coleridge declaró que « no había otro soneto más bello ni más grandemente concebido en lengua inglesa »¹, y Leigh Hunt añadió después que « cuanto al pensamiento ninguno quizás se encuentra á su altura en lengua alguna ».

He aquí, junto con el original, una traducción literal, inexorablemente literal, verso por verso, del texto definitivo :

¡Noche misteriosa! Cuando nuestro primer Padre supo — De ti, por informe divino, y oyó tu nombre, — ¿ No tembló él por esta fábrica adorable, — Este glorioso dosel de Luz y Azul?

Mas detrás de cortina de translúcido rocío, — Bañado entre los rayos de la gran Llama poniente, — Véspero apareció con la hueste del firmamento, — Y, mirad! la Creación engrandeció á la vista humana.

¿ Quien hubiera podido pensar que Oscuridad semejante estaba escondida — En tus resplandores, Sol! — O podido adivinar — Mientras abeja y hoja é insecto eran visibles,

Que nos ocultabas tú tantos Orbes innumerables? — ¿ Por qué entonces huimos de la Muerte con ansioso esfuerzo? — Si la Luz puede así engañar, ¿ por qué no también la vida?²

1. . . . *The finest and most grandly conceived Sonnet in our language (at least, it is only in Milton's and in Wordsworth's Sonnets that I recollect any rival) and this is not my judgment alone, but that of the man κατ' ἐξοχην φιλοκαλου, John Hookham Frere. (The Life..., t. I, p. 439.)*

2. *Mysterious Night! when our first Parent knew
Thee, from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely Frame,
This glorious canopy of Light and Blue?
Yet 'neath a curtain of translucent dew,
Bathed in the rays of the great setting Flame,*

Ha sido este soneto traducido libremente y muy bien en verso castellano por Rafael Pombo, el laureado poeta de Colombia; más literalmente y menos bien por don Alberto Lista, y en ocho elegantes dísticos latinos por el erudito poeta inglés Samuel Bond. En su *Historia de los Heterodoxos Españoles* incluye el Sr. Menéndez y Pelayo esta última versión, junto con la de Pombo.

Lista traduce de este modo los dos tercetos, transcripción aunque un poco prosaica, más aproximada al original que la de Pombo y no del todo infeliz, salvo en un punto, del que voy á tratar :

¡ Cuanta sombra en tus llamas ocultabas,
Oh Sol! ¿ Quien acertara, cuando ostenta
La brizna más sutil tu luz mentida,
Esos orbes sin fin que nos velabas?...
Oh mortal! y el sepulcro te amedrenta?
Si engañó el sol, ¿ no engañará la vida?

En vez de « abeja, hoja é insecto » del primer terceto puso Lista « brizna sutil », lo cual abrevia demasiado libremente. Esa línea sin embargo es positivamente en el original inglés como una cuerda tirante, un obstáculo contra el cual sin remedio hay que tropezar. Yo por *fly* traduje *abeja*, pues si bien el significado natural de la palabra es *mosca*, la abeja, no hay duda, es una mosca grande. Pero de todos modos *fly* é *insect* en el mismo verso son vocablos idénticos para el caso, dicen lo mismo : repetición inútil por consiguiente y descuido probable del autor.

Por esta razón cuando el poeta William Sharp, colector de una muy conocida Antología de sonetos ¹, inserta, comenta y sobremanera elogia el de Blanco White, suprime la palabra *fly* y en su lugar pone *flow'r*, flor (elidiendo la vocal segunda

*Hesperus with the Host of Heaven came,
And lo! Creation widened in Man's view.
Who could have thought such Darkness lay concealed
Within thy beams, o Sun! or who could find
Whilst fly, and leaf, and insect stood revealed,
That to such countless Orbs thou mad'st us blind!
Why do we then shun Death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life!*

1. *Sonnets of This Century edited and arranged...* by William Sharp. London, 1888.

para conservar la medida), y agrega entonces : « Me he permitido este cambio, que todo comentador ha deseado hacer, ó debido desearlo. Si White no empleó *flow'r* por *fly*, nos cumple al menos suponer que tuvo la intención de hacerlo. »

El soneto es sin disputa una joya, una pequeña obra maestra ; la idea, muy ingeniosa, está bien desenvuelta, aunque al final se atropelle un poco por falta de espacio, como luchando contra el marco estrecho que lo encierra. Pero me figuro que por muy hábilmente traducido que esté, nunca parecerá á lectores españoles tan notable y grandioso como á los ingleses. El tono argumentador, por así decirlo, de las dos interrogaciones finales es más de controversia y propaganda que de arte desinteresado. Puede esto sin embargo ser una impresión nada más que personal, y no insisto. En castellano tenemos el soneto de Bartolomé L. de Argensola que empieza : *Dime, padre común, pues eres justo...* el cual don L. A. de Cueto encuentra de « mayor grandeza » que el de Blanco. Pero es materia opinable y muy lícito el disentir de este parecer.

Blanco aplaudió extraordinariamente la traducción de Lista, declarándola perfecta, superior al original¹; pero no hay que olvidar que lo dice cuando, desprendido ya de casi todo, le quedaban dos años no más de vida ; y que fué Lista el más fiel de sus amigos, afectuoso hasta el punto de haber ido á Oxford en 1832 con el objeto único de abrazarlo, conducta que contrasta con la del indolente y egoísta J. N. Gallego que con tanta iniquidad le trató en las Cortes de Cádiz. A pesar de la nube de oprobio que envolvía en su patria cuanto á Blanco se refería, mantuvo Lista siempre impresa al frente de sus versos la dedicatoria que de ellos hizo á su viejo condiscípulo, disfrazada, es verdad, bajo el seudónimo transparente de *Albino*, nombre poético de Blanco en la Academia sevillana, como era *Licio* el de Lista y *Fileno* el de Reynoso, clave que en Sevilla toda la gente culta poseía.

Cuando hubiéranse creído olvidadas ya por Blanco la lengua

1. Carta de Septiembre 30 de 1839, publicada en el *Archivo Hispalense*, revista de Sevilla, en 1866, y citada por Blanco García. *La Literatura española en el siglo XIX*, t. I, p. 27.

y la versificación castellanas, un año antes de morir, el 12 de Febrero de 1840, atormentado por incesantes dolores agudos, halló en su cariño á Lista inspiración y energía suficientes para componer este triste, desolado soneto, que no se encuentra por cierto en la colección de Rivadeneyra ¹. Titúlase *Poder del recuerdo de mi amigo Lista*, y dice así :

¿Qué me resta, infeliz! si acongojado
 En alma y cuerpo, ni descanso un hora
 Ofréceme el dolor que me devora,
 Ni espera verle mi vejez templado?
 A su inclemencia y á la edad postrado
 En vano luce para mí la aurora,
 Que no es el brillo con que el orbe dora
 Solaz bastante al corazón llagado.
 Misero! ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no sigo
 Del sepulcro una voz que dice : « Abierta
 Tienes la cárcel en que gimes. Vente ? »
 ¿Por qué? pregunto. — Porque tierno amigo,
 En imagen vivísima, á la puerta
 Se alza, y llorando dice : « No, detente. »

Esparcidos en los tres tomos de la *Vida* se encuentran algunas otras composiciones inglesas en verso. Otro soneto, por ejemplo, « al ofrse llamar viejo por primera vez, » cuando sólo tenía cincuenta años (t. I, p. 480), y unos versos de album (t. II, p. 335) escritos en 1837, bien impregnados, éstos lo mismo que los otros y que todos, de la opresiva melancolía de ese último período.

Fué en realidad este período una larga y desgarradora agonía. El 11 de Julio de 1840, día en que desbarató la casa con objeto de irse luego á residir en el campo, consigna el suceso con estas palabras en su diario : « Cumpleaños miserable, sesenta y cinco de mi edad, sin un lugar tranquilo donde morir. » El 9 de Enero de 1841 hizo en sus *Memorias* las últimas correcciones y las entregó definitivamente á John Hamilton Thom. El 23 de Febrero inmediato (desde el 6 no inscribió más cosa alguna en su diario) fué llevado á la casa de su amigo Mr. Rathbone en Greenbank, cerca de Liverpool; allí el aire libre, la vista del campo y de los árboles, con los

1. Encuéntrase en la *Historia de la Escuela Poética sevillana*, antes citada, p. 147.

cuidados de una familia atenta y afectuosa, parecieron aliviarlo un tanto, manteniéndose así, con frecuentes alternativas, unos tres meses más : *languideciendo*, como dijo, *cara á cara con la muerte*. El 15 de Mayo, temeroso de perder pronto la facultad de expresarse claramente, pues se le velaba la voz rápidamente, pronunció sus últimas frases bien razonadas : « Cuando llegue la hora, dígolo de una vez ahora, mi alma se concentrará en este sentimiento, ‘Dios mío, en Tus manos encomiendo mi espíritu’ : Dios para mí es Jesús, y Jesús es Dios, — no en el sentido de los clérigos por supuesto¹. » Sumido desde entonces en profundo estupor, no salió de él hasta cinco días después, el 20 de Mayo, en que súbitamente, « con voz firme y gesto de gran solemnidad, » pronunció estas únicas palabras : « Ahora sí me muero. » Dos horas más permaneció en la misma actitud, callado, como quien aguarda ; y tranquilo, sin agitación alguna, se echó hacia atrás y expiró.

El doctor W. E. Channing, en carta de pésame dirigida desde Boston á J. H. Thom y á los varios amigos que fueron la verdadera familia espiritual de Blanco, los que acompañaron y consolaron hasta el fin al pobre solitario, les dijo : « ¡ Cuánto habeis perdido ! El privilegio de vivir en comunión, todos los días, con un alma grande y buena, es como una luz todos los días vertida sobre nuestro camino. »

ENRIQUE PIÑEYRO.

1. Todos estos pormenores hasta el fin se encuentran en la obra inglesa tantas veces citada que editó J. H. Thom, el que estuvo presente hasta el último instante al lado de Blanco White.